

Decimosexto Domingo del Tiempo Ordinario



Cuando la vida de algun ser querido se vuelve ingobernable debido a la adicción, frecuentemente sentimos como si nuestra propia vida también comenzara a girar. Podemos encontrarnos constantemente al límite, trabajando demasiado en un esfuerzo de componer o controlar, o de abandonarnos en un resentimiento silencioso y con impotencia. La recuperación por medio de los Doce Pasos, especialmente cuando está integrada a los Sacramentos, suavemente nos invita a salir de esos extremos y nos ofrece una nueva forma de vida: una que trae paz, equilibrio, y una creciente confianza en Dios.

En el Evangelio de este domingo, Jesús visita el hogar de dos hermanas: María y Marta. Mientras Él está enseñando, María, prestando toda su atención, se sienta a Sus pies, mientras Marta anda de un lado a otro pendiente de muchas tareas. Frustrada, Marta le pide a Jesús que intervenga (Lucas 10:40-42):

“Señor, ¿no te has dado cuenta de que mi hermana me ha dejado sola con todo el quehacer?”

Dile que me ayude”.

El Señor le respondió:

“Marta, Marta, muchas cosas te preocupan y te inquietan, siendo así que una sola es necesaria.

María escogió la mejor parte y nadie se la quitará”.

Este relato tiene una profunda resonancia en aquellos que han sido afectados por una adicción. Muchos de nosotros hemos vivido como Marta, tratando preocupadamente de aguantar con todo. Hemos llenado el silencio con ocupaciones, muchas veces malentendiendo la productividad como paz. Pero por debajo de todo eso, estamos agobiados por el miedo, dolor, y desgaste espiritual. Las palabras de Jesús no son una reprimenda, sino una invitación amorosa: “Sólo una cosa es necesaria”.

La recuperación es en verdad un programa de acción. Se nos motiva a figurar, a poner límites, atender a juntas, y a buscar ayuda. Pero cuando nuestro hacer deriva del miedo o de un deseo de controlar lo incontrolable, solamente aumenta nuestra ansiedad. Como a Marta, se nos recuerda que antes de servir o componer algo, debemos sentarnos a los pies de Jesús. Debemos permitirnos permanecer quietos y escuchar Su voz.

El discernimiento espiritual nos ayuda a actuar desde una posición de confianza. El Libro Grande transmite este conocimiento (*Alcohólicos Anónimos*, pp. 86-87):

“Al pensar en nuestro día tal vez nos encontremos indecisos. Tal vez no podamos determinar el curso a seguir. En este caso le pedimos a Dios inspiración, una idea intuitiva o una decisión. Procuramos estar tranquilos y tomamos las cosas con calma, no batallamos. Frecuentemente quedamos sorprendidos de cómo acuden las respuestas acertadas después de haber ensayado esto durante algún tiempo.”

Preguntas de Reflexión

- A través de la adicción de tu ser querido, ¿de qué maneras te has identificado más con Marta que con María?
- ¿Qué es lo que te ayuda a hacer una pausa y buscar a Dios en lugar de apresurarte a actuar?
- ¿Cómo ha usado Dios tu experiencia para dar consuelo o guía a otras personas?

Esta guía nos ayuda a cambiar de ser reactivos a ser receptivos. No necesitamos controlar cada resultado. Con la oración y la comunidad para la recuperación, comenzamos a ver cómo se revela el plan de Dios, aun cuando las cosas se perciben caóticas e impredecibles. Él trae orden a nuestros pensamientos, dirección a nuestros pasos, y consuelo durante nuestra espera.

En la segunda lectura, San Pablo nos hace un fuerte recordatorio de cómo Dios usa nuestro dolor (Colosenses 1:24):

Hermanos:

*Ahora me alegro de sufrir por ustedes,
porque así completo lo que falta a la pasión de Cristo
en mí,
por el bien de su cuerpo, que es la Iglesia.*

Como familiares, cargamos con heridas ocultas. Pero cuando con honestidad las compartimos, esas heridas se pueden convertir en puentes para sanar a otros. Sentándonos con otros en juntas, ofreciendo una palabra amable o escuchando, dejamos que Dios saque lo bueno de nuestro dolor.

La actitud de María sentada a los pies de Jesús es de entrega. Se nos invita a tener esa misma actitud: no a evadirnos de nuestras responsabilidades, sino que tengan su raíz en la paz. Con Cristo como nuestro centro, ya no estamos gobernados por la ansiedad. Encontramos la serenidad, no porque nuestro ser amado sea mejor, sino porque Dios está con nosotros, aquí y ahora.

6]Ybj Yb]Xo U7UkE]Wg Yb F YWdYFU]CB

*9g]La cgU] fUXY]XcgXYei YgYg'dUfhXYbi YgfU'
Wa i b]XUXniYU]ja Ua cg'Uei Yg] Ug'fY] fYgUbXc*

▽ J]g]HWA c`]MbfWj YnWa`dUfUj Y' i bU`]g]HWA d`YU
XYfYi b]cbYgX]gdcb]VYg'fYWfgcgXYfYWdYFU]CB Y'
]bZfa U]CB'gcVfYWA c`Wa YbrLf

▽ HYdYX]a cg'dU]Mb]Ua]Yb]fUg]fU]i Wa cga zgfYWfgcg'
ma Uhf]YUgU YgdU c`

▽ Hb`Ug]i f]XUXXYei Yh`dUfh]M]U]CB`ndfYgYb]U]Yb`
Yg]Ug'fYi b]cbYg'gYa Ub]MbXfzb WbZ]X]b]U]Yg'

▽]afYgX]]bc XY`]VYf]UXzi bUj]XUbi Yj UrfYWdYFU]CB`

Lecturas Dominicales

Primera Lectura: Génesis 18:1-10a

Salmo Responsorial: Salmo 15:2-3, 3-4, 5

Segunda Lectura: Colosenses 1:24-28

Evangelio: Lucas 10:38-42